

DISCURSO LEÍDO POR EL SR. DR. CARLOS R. TOBAR
EN LA INCORPORACIÓN Á LA ACADEMIA ECUATORIANA, CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA.

Obligado por vuestra bondad, aquí me tenéis, señores, profundamente sacudido por diferentes y encontrados afectos: por el respeto que engendra timidez, por la gratitud que produce confianza; por el conocimiento de la propia insuficiencia que me abate, por el convencimiento de vuestra indulgencia que me eleva hasta vosotros.

Para disculpar mi discurso podría decirnos que ha sido escrito en los breves intervalos de multiplicadas ocupaciones.... Pero no; no quiero disculparlo: quiero que, con el poco mérito de la obra, resalte la enorme bondad de quienes me han llamado á ocupar un sillón en la Academia Ecuatoriana, correspondiente de la Real Española. Insigne honra que allá en la fecunda tierra donde al calor de soles que—como Lope como Calderón—no se ponen en el horizonte de las letras, brotan admirables ingenios, insigne honra que allá no se prodiga, aun cuando debería prodigarse, ya que la Providencia misma ha prodigado célebres cultivadores de todos los géneros literarios, en esta edad feliz para la Madre Patria, nuevo siglo de oro de la Literatura Castellana.

Mas, al fin, señores, me habéis llamado á la Academia y vuestra modestia, al igualarme á vosotros, para mí, sólo es merecedora de subida gratitud, aunque á vosotros os acarree responsabilidad ante la noble é ilustre Vestal encargada de mantener siempre encendido el sacro fuego que “limpia, fija y da esplendor”.

He meditado, he meditado, señores, acerca de un argumento digno, si no de mis escasas dotes, de esta muy respetable Corporación, y encontré uno excelente para discurso, excelente para libro, si fuese alguno de vosotros el autor del libro ó el autor del discurso: “La mujer en la civilización y en la Estética”.

Si es probada verdad que la Literatura de una época ó de un pueblo es fiel trasunto de la civilización de esa época ó de ese pueblo, no es menos cierto que la manera cómo el arte trata á la mujer nos manifiesta el grado de cultura de las varias edades y de las diversas naciones; y esto depende, en singular, de que la mujer misma forma la civilización de los países: madre, esposa ó hija está perpetuamente insinuándose en el corazón del hombre, vencién-dole y dominándole. En el origen del género humano, en el Paraíso, la mujer fué convencida por los sofismas de la serpiente; el hombre fué ya persuadido por los encantos de su esposa. Las mujeres son el ambiente del mundo: éllas, las buenas, impiden ó detienen la corrupción de los individuos y de las sociedades; éllas, las malas, determinan ó favorecen la putrefacción de los ciudadanos y de las naciones: las mujeres, ó son Eva que al salir sollozando del Edén comparte con Adán el enorme peso de la desobediencia, causa de efectos eternos; son las sirenas que seducen para dar muerte; son las gorgonas que petrifican á quien las mira; son las Euménides atormentadoras en los infiernos; son Helena cuya incendiaria hermosura ocasiona una guerra de diez años y la destrucción de una ciudad floreciente; ó, por el contrario, son Minerva, Venus, Ceres, diosas de la sabiduría, de los placeres, de la agricultura; ó las Parcas encargadas de tejer la trama de la existencia; ó las matronas de Weinsberg, ataviadas consus esposos para salvarles del cuchillo; ó Juana de Arco, la heroína de la religión y de la patria; ó la Virgen María, Madre de la vida, vencedora de la muerte. En resumen, para no multiplicar nombres, los mitos, la historia, la religión han sintetizado en una mujer los hechos de grande trascendencia para la humanidad.

Si en el marco de un discurso académico cupiese el inmenso cuadro de las costumbres, instituciones, civilización y cultura de los antiguos pueblos, podría presentaros sobradas pruebas de mi aserto; mas, ya que tal cosa no es posible, me contentaré, señores, con buscar en la Grecia apoyos para mi proposición. Sí, en la Grecia, privilegiada región, tierra clásica del arte, donde hasta el armonioso idioma del vulgo estaba sujeto á las cadenciosas reglas de una trivial estética. Sí, en la Grecia, donde los hombres, aun en lo doméstico, obedecían las prescripciones del arte de lo bello; donde la atmósfera, purísima lente, servía para agrandar los primores de un cielo maravilloso; donde las gentes, como necesitando vivir entre dioses, dieron de mano al monoteísmo de los Pelasgos á fin de poblar de divinidades el aire, las montañas, las selvas, los valles, los ríos, los lagos, los mares y ¿quién lo presumiera?... hasta los infiernos. Pero esas divinidades, fijaos señores, á semejanza del Saturno Babilonio, que no era sino Nemrod, padre de Nino, rey de los Asirios, las divinidades griegas, digo, no eran seres bajados del empyreo para divinizar á los hombres con su contacto, sino seres producidos por la tierra, re-

vestidos de los caracteres humanos, hombres en fin; pero hombres formados de limo heiénico, esto es, de un barro adecuado para dioses. En Grecia, donde nació Terpandro el inventor de la lira; en Grecia, donde los poetas eran sacerdotes, y los sacerdotes hablaban poesía convencidos de que un dios hablaba por sus labios; donde hasta los ínfimos ciudadanos, al dormirse coronados de flores, esperaban quizá despertarse semi-dioses; en Grecia, donde, por consiguiente, el antropomorfismo había establecido la vida común entre los dioses y los hombres, supuesto que éstos y aquéllos indistintamente podían morar en la Grecia-empíreo ó en el empíreo de la Grecia; ahí, donde de los labios brotaban palabras que eran *cuerpos vivos*, si se me permite deformar la expresion de Müller; allí, donde las leyes ó rhetras se daban en nombre de los dioses. Pues ahí, señores Académicos, la mujer ocupaba un lugar digno del estudio detenido del filósofo y del artista.—La mujer, respetada aun por algunos pueblos bárbaros, debía naturalmente en la culta Grecia, participar más que los hombres, de esa aureola de luz con que se envolvía la Nación artística por excelencia; por eso, también naturalmente, las mujeres eran más diosas que los dioses, supuesto que en las entrañas de éllas germinaban las divinidades, como del sol se desprenden los rayos luminosos. Pero los griegos, lo repito, si bien deificaron á los hombres, en cambio, humanizaron á los dioses, y, en consecuencia, la mujer, diosa de carne, recibía ofrendas de adoración en su belleza y en su corruptibilidad, en su espíritu y en sus pasiones.

En esa época del ideal de la materia, el artista tomaba ahincado empeño en presentar sus creaciones corporeamente bellas; como lo observan los críticos, la estatuaria y la pintura no *transparentaban* las pasiones en la fisonomía, sin duda, temerosas de deformar el objeto de su adoración. Excepto Tersites, dice Chassang, todos los héroes de Homero son bellos; pero Tersites no es héroe. Entre los héroes de la *Iliada*, sólo Dolon no es bello; pero tampoco es un prodigio de valor, pues, cuando Diomedes le arrojó la pica,

“El infelice

“Se llenó de terror; y la corrida

“Suspendiendo, la barba le temblaba,

“Los dientes le crujían, y del miedo

“Pálido se tornó. (1)

De seguro, en los griegos tuvo origen la terrible sentencia: “es imposible que un alma hermosa habite en un cuerpo deforme”.

Acaso tampoco comprendían los poetas, los pintores, los escultores que las pasiones son también fuente fecunda de bellezas artísticas y hasta morales; y aun las peores pasiones, en cuanto

(1) *Iliada*.—Trad. Hermosilla.—Vers. 600 y sigtes.

dan ocasión para que se ejercite la libertad humana, luce la razón y venza á la vil materia. Elimínense las pasiones, desaparezca la libertad, y el hombre para el arte quedará reducido á una mala estatua de bronce ó de mármol corruptible.

Zeo, el dios del cielo y del día, del aire y de la luz, cuyo trono descansaba en las regiones más elevadas del éter, descendía en forma de lluvia vivificadora al seno de su esposa Demeter, ó sea la Tierra Madre, (1) cuyos pies cubiertos con el tul de los océanos, reposaban en arenas de perlas y corales ¿Qué extraño, por consiguiente, que los griegos idolatrasen en las diosas terrestres, que bajaban de la altura de sus pedestales quizá para hacerse más accesibles á los hombres?—Si el omnipotente padre de los dioses se complacía con frecuencia en descender al mundo ¿qué mucho que los terrenales hiciesen brotar diosas del suelo fecundado por las fértiles huellas de las plantas creadoras? Pero los dioses, al brotar de la tierra, por ley de naturaleza, salían cubiertos del barro del seno de su madre; y, por lo mismo, los griegos, al adorar á sus diosas, adoraban al propio tiempo, el lodo con el cual estaban revestidas. Este barro adherido á las diosas fué, por ejemplo, la impudicia de Helena, la belleza divina.

Voy, señores, á personificar en Helena la mujer de la Grecia en los buenos siglos anteriores á Pericles.

Y en verdad, Helena es la genuina personificación de la mujer griega y aun de los principios estéticos griegos.

Helena. . . Helena ¿Y porqué llamó así á la protagonista de la guerra de Troya el inmortal ciego de Jonia?

Helenos, lo sabéis señores, se apellidaban entre sí los griegos y *Helada* denominaban á su país, porción del globo singularmente favorecida por la naturaleza; su nombre venía de *Helén*, nieto de Prometeo el poblador de la tierra y padre de Doro, Eolo y Juto, ascendientes de las cuatro grandes tribus *helénicas*: de los Dorios, Eolios, Jonios y Aqueos.

Helena, pues, vale tanto como griega antonomástica. No he procedido, como véis, de manera arbitraria al personificar en Helena la mujer de la Grecia.

Homero, de caso pensado, no nos da el retrato de su principal heroína: él se sabía bien que lo divino no es perfectamente perceptible á los ojos humanos, y no ignoraba tampoco que el artista silencio es, en ocasiones, admirable descubridor de las artísticas perfecciones. Conténtase, por tanto, con darla calificativos aislados ó con dejar que el lector deduzca la belleza de Helena de la admiración ó del culto que unánimes le rendían Teucros y Aqueos. Llámala "linda, divina mujer", "la más

(1) "Tum pater omnipotens fecundis imbribus Aether—

"Coniugis in gremio laetae descendit, et omnes

"Magnus alit, magno conmixtus corpore, fetus.

(Virg. Georg. Lib. II—Vers. 325—327).

Helena era también autóctona, por decirlo así; pues engendrada por el mismo rey de los dioses, dueño absoluto del sol de las bonanzas y del rayo de las tempestades, nació de una princesa de Etolia, porción de la propia Grecia: era, por tanto, la personificación de la Grecia en cuanto á su origen. Lo era, asimismo, respecto á las costumbres y á las ideas estéticas.

En el siglo VI antes de J. C., Tisias Estesícoro en mala hora profanò el nombre de Helena en uno de sus poemas; en seguida, los hermanos de la semidiosa, Cástor y Pólux, castigaron al blasfemo con la ceguera. Veis, Señores, que el castigo era adaptado al crimen: el pobre poeta siciliano, á juicio de los dioses, necesitaba haber cegado moralmente para enunciar conceptos ofensivos á la hija de Leda, cuyos desvíos motivados por la belleza, habían sido producidos por el querer de los dioses; pero el maldiciente, á impulsos del castigo, abre los ojos de la inteligencia, reconoce su pecado, confiésalo en la *Palinodia*, y entonces le es restituida la vista del cuerpo y, junto con la claridad moral, sus ojos vuelven á bañarse en la vívida luz ambiente. ¿Y qué significa la fábula que acabo de recordaros? Significa clara y evidentemente la excelsa opinión de los helenos tocante á la belleza; mas, acerca de la belleza física, la cual de suyo ejercía influencia tan formidable en su sentido calológico, que bastaba para tornar en albores las tinieblas del moral universo.—Una diosa, Venus, tocó el corazón de la princesa y la indujo al olvido de los deberes; pero al hombre no le correspondía escudriñar en ese corazón si el dedo divino dejó un vestigio oscuro ó una señal luminosa. Además la hermosura de Paris, arrastrando á Helena á Troya, como la luna arrastra las olas para quebrarlas contra los costados del bajel destinado al naufragio, no hacía sino partir por los rieles de un inflexible destino á la manera de la molécula de aire que el huracán empuja con ciega, inexplicable, vertiginosa turbulencia.

¡Hasta tal punto los dioses helénicos estaban sujetos á los caprichos de los hados! El propio Júpiter podía apenas encaminarlos, mas no desviarlos: los tales dioses, si me permitís la metáfora, más bien que monarcas del reino de la creación, eran presidentes de una república demagógica víctima de leyes desconocidas y de los antojos de seres, siempre voluntariosos, á las veces nefarios.

Mal podían, por otra parte, los griegos mirar como malo en los hombres, lo que la filosofía y la religión les precisaban á mirar como indiferente, si no bueno, en los entes divinos. La misma Helena había nacido de la esposa del rey de Esparta, por obra del dios todopoderoso. La Citerea, Juno, Palas... el Olimpo entero era, por decirlo así, un vasto desvergonzado lupanar; los míseros mortales no eran más que los juguetes de esos dioses, especie de niños precozmente corrompidos; versátiles, falsos, engañadores, turbulentos, se complacían aun en burlar á Júpiter, ó

servían inconscientes de diversión al hijo de Kronos ó Saturno.

“..... Sentado

“En el Olimpo Jove, oyó el estruendo:

“Y alegre el corazón, dulce reía

“Cuando vió que los dioses á embestirse

“Marchaban todos.....(1)

Las divinidades griegas, en resumen, deificación de la carne, no eran propiamente sino la apoteosis de los orgullosos helenos, quienes creían en los dioses porque fueron los progenitores de sus padres y porque en cada uno de ellos se contemplaban á sí propios en sus apetitos y en sus debilidades, en sus vicios y en sus pasiones. Ah! exageraron la *egolatría* hasta hacer á los dioses peores que los hombres.

En las aras de los griegos no ardía la cera, que con la fulgente y pura llama nos muestra el cielo; no se quemaba el incienso, que en fragante espiral sube á las regiones superiores del éter, solevando las súplicas y adoración del creyente;—se sacrificaban bueyes y ovejas, se derramaba el vino, se carbonizaban las pulpas palpitantes: pero no como un hermoso símbolo de la carne sacrificada ante la espiritualidad del dios, sino más bien como una señal de que los dioses gustaban también de la carne. No olvidemos tampoco que los sacrificios eran casi siempre precursores de los festines.

Sea que Helena hubiese sido suspendida de un roble; según Pausanias, sea que se hubiese ahorcado ella misma, según Phocio, los mitólogos refieren que, junto al árbol instrumento de expiación, brotó una planta llamada *heleneion* que hacía rencillosos y quimeristas á quienes la comían; Plinio atribuye á la *heleneion* la propiedad de dar brío, garbo y hermosura. Ya que es de suponer que el Patriarca de Constantinopla y el naturalista de Como, tomaron de origen griego las cualidades, atribuidas á la referida hierba, la creencia contribuye á demostrarnos, cuando menos, la maravillosa excelsitud en que los helenos tenían colocada á la divina belleza.

Helena, pues, la híbrida del dios y de la mujer; la singular belleza material, la poco pudorosa hija de Leda, es, según lo dicho, personificación del mito griego.

Combinación extraña de pequeñez y de grandeza, de abatimiento y de alteza, las creencias griegas, como perennemente acontece, se reflejaban en la política y en las costumbres.

Necios ó artificiosos son, en verdad, quienes pretenden separar absolutamente la religión, la filosofía y la política, hermanas gemelas que tienden acordes á idéntico fin: el bien del individuo y de la sociedad. Hermanas á quienes se desune sólo cuan-

(1) *Ilíada*—Traducción de Hermosilla—Lib. XXI—Vers. 698 y siguientes.

do se trata de dañar á la una ó á la otra en provecho de ruines pasiones ó de menguados intereses: la verdad de la ciencia política es la verdad filosófica y la misma verdad teológica, supuesto que la verdad es una como emanación de Dios, uno y verdadero.

Helena, así, personificación de las creencias helénicas, lo es, por consiguiente, de las costumbres, política de los ciudadanos, y de la política, costumbres de las naciones.

Aun cuando la teogonía comenzó entre los escitas, egipcios y demás pueblos orientales, los sacrificios, juegos, adivinaciones, apoteosis y metamorfosis surgieron de la cabeza de los griegos, engendradora de dioses, como Atenea surgió de la cabeza de Júpiter.—Tan célebres fueron la teología, el valor, el talento, las artes, la jurisprudencia de la preclara Nación, que la convidó á Spurio Posthúmio, Aulo Manlio y Pupio para que estudiasen los ritos y costumbres, leyes y ciencias. No sé si lo consiguieron cumplidamente, supuesto que los helenos, temerosos de que la comunicación con los vecinos corrompiese los hábitos, ó cuidadosos del peligro de los corsarios, ó celosos de que los bárbaros participasen de las ventajas de la cultura, hasta edificaban las ciudades lejos de las costas del Océano.—Si se me permitiese utilizar, Señores, quizá se me ocurriría hallar en el rapto de Helena por el troyano Paris, un presagio del robo de creencias, instituciones y costumbres que más tarde debían verificar los descendientes del troyano Eneas: robo y asimilación de creencias, instituciones y costumbres que produjeron el casi desaparecimiento de los griegos, con motivo de la sustitución de los vencedores por los vencidos, cuando "Dios hizo caer la Grecia en el vasto mar del imperio romano" (1).

La clásica tierra del arte, la tierra adoradora de la belleza plástica, la espiritual idólatra de la materia, la progenitora de dioses libertinos, columbraba un levantado ideal en las costumbres; y por eso Helena recibió castigo de muerte, aunque después se le tributaron honores divinos.

Sabéis, Señores, que Grecia fué el pueblo más culto entre los pueblos paganos; sabéis, asimismo, que vencida por las armas dominó por la civilización á la gran Nación su vencedora; no extrañaréis, pues, en consecuencia, que una mujer de la Grecia me hubiese servido de tipo para juzgar á los países idólatras.

Igualmente otra mujer, pero ¡qué mujer! conjunto no ya de todas las bellezas materiales, sino recopilación é ideal de todas las bellezas morales, nos servirá de arquetipo para considerar la civilización y el arte cristianos.

Y aquí debo descubrirlos, Señores académicos, los temores y vacilaciones que combatieron atrozmente mi pobre espíritu al acercarme á esta parte de este discurso, indigno de vosotros y,

(1) Gaume—*Cat. de Pers.*—Tom. L.—Lecc. XLIX.

con más razón, indignísimo de aquella soberana Señora, á quien aludí hace un momento. Cuando urgía premioso el tiempo, cuando el trabajo estaba mediado, cuando de seguro mis escasas aptitudes no contaban con el lapso suficiente para discurrir y desenvolver otra tesis, asaltáronme, como acabo de deciros, angustiosas dudas y congojosas perplejidades.

¿Acaso, me repetí multitud de veces, acaso no voy á profanar el nombre venerando de la Madre del Dios verdadero al pronunciarlo con los insuaves labios, los mismos con que insinué las abominaciones del gentilismo?

¿No voy, por desventura mía, á mancillar la esencia resplandeciente del extracto de la pureza al compararla, en alguna manera, con esas impúdicas negras sombras de divinidad paganas?

No, ilustrado auditorio mío, no; muchas veces ¡oh dioses! lial los Santos Padres mientan á Jehová, cuyo en tiempos antiguos, sólo era temerosa y balbuceada, fulculado por el gran Sacerdote en la solemne festividad de la expiación.

Si paralelo fuese posible entre la Madre del Dios de la luz y de la hija del dios de las tinieblas, las dos líneas, por lo mismo que paralelas, nunca se tocarían, supuesto que correría la una trazada en los profundos antros del Averno y la otra en el excelso pináculo de los cielos.

Allá, Señores, en el principio de los tiempos, un día Dios separó los labios y de ellos manó á torrentes la luz; otro, dividió las aguas; otro enjugó la tierra y la comunicó fertilidad; otro pasó los ojos por el firmamento y brotaron el sol, la luna y las estrellas; otro pobló los aires y los mares; otro, en fin, en seguida de criar los irracionales terrestres, tomó en las vivificativas palmas un poco de barro y respirando sobre él le infundió un alma racional. Poco después, envió al barro animado un sueño misterioso, y deteniendo, por decirlo así, la fuerza de la potencia creadora, le arrancó una costilla y de ella formó, por este relativamente largo procedimiento, á Eva corona de la creación. ¿Y qué significa, Señores, esta inusitada prolijidad de Dios para formar á la mujer?

No hay duda: Dios mismo se preocupaba con la magnitud de la influencia de ese débil sér en la suerte eterna de la humanidad.

Las amarguras, los dolores, las tribulaciones de la existencia, no os permiten olvidar que luego, muy luego, nuestros primeros padres delinquieron. El retumbo de la caída de Eva produce aún, á través de los siglos, eco pavoroso en las ruinas del palacio de la grandeza del género humano.

Los tristes salieron del Paraíso sin sacar de él más que la hoja del pudor ¡dón digno del Paraíso! y la señal de la perdida corona en las mustias sienas.

Digo mal: como el crimen es esclavitud, la mujer que pecó

é hizo pecar, llevaba también la marca infamante del vasallaje: la falaz serpiente vendió á perpetuidad la libertad de la mujer.

Llevaban más todavía: llevaban los gérmenes de los delitos; pues así como la virtud es premio de la virtud, así el delito es castigo del delito.

Ah! Pero si el Criador se arrepintió, según el término figurado de las Escrituras, de haber criado al hombre, y su corazón de Padre se entristeció al verles pisar trémulos y gemidores los guijarros y espinas de afueras del Edén; ah! simultáneamente, ya que para Dios todo es simultáneo, sonrióse complacido al ver en la eternidad los caminos de la Redención.

Hé ahí de donde derivan los beneficios que María prodiga á ^{los} ~~los~~ ^{padres,} en realidad los primeros padres, al par del resar, alojaron en el corazón la esperanza en la cabeza de la serpiente y restituiría la vida ^{la} ~~la~~ ^{descendencia,} al contrario de Eva parricida de sus hijos futuros; y así, desde el origen del mundo, la Madre de Dios, muchos años antes de nacer, es ya el consuelo del primer dolor de la humanidad.

Y es tiempo, Señores, de que atraiga vuestra atención á la inconmensurable distancia que media entre esas líneas paralelas de las cuales os hablé arriba: los Hados de la mitología predestinaron á la que debía nacer del Zeo para destruir una parte del mundo con los fementidos encantos de una funesta hermosura; Jehová antevé y señala, el día mismo de la culpa, á la que debía ser Madre de Dios para salvar al mundo con las positivas maravillas de sus virtudes extraordinarias. . . . Ved el infinito que separa á la mujer del cristianismo y á la mujer del gentilismo!

El Asia va siempre desfallecida, Troya combate sin esperanzas porque su asolación está de antemano determinada por el destino; Adán y su descendencia, aunque con lágrimas en los ojos, acarician promesas en el alma, y luchan denodados contra las miserias de la existencia porque la Redención les ha sido ofrecida por el Dios de las misericordias. El pueblo de Príamo guerrea con y contra divinidades destructoras; el de Jacob tiene de parte suya al Señor de los Ejércitos: á un Señor no sujeto al capricho de los hados, sino á las sapientísimas decisiones de la propia voluntad soberana; á un Dios propiamente tal, porque reúne en sí mismo todos los atributos y facultades que los paganos repartieron en millaradas de dioses incompletos ó, mejor dicho, en los mil fragmentos de descabaladas divinidades; á un Dios que manda en el cielo como en la tierra, que todo lo ve y todo lo llena, supuesto que el universo entero es aun diminuto para contenerlo.

Si bien no puede decirse que la Hija de David es la personificación de las costumbres y arte cristianos, sí, no queda duda que es el tipo para el perfeccionamiento del arte y de las costumbres; y no se puede decir que sea la personificación porque, para serlo, las costumbres y su reflejo el arte, deberían ser cumplidos,

como su immaculado modelo. Sin embargo, el arte especie de emanación aromática, vaho purísimo que, al calor compañero de la luz, se levanta al cielo; el arte, decimos, se acerca mucho más que las costumbres á ese perfecto arquetipo.

El arte pagano, eminentemente material,—pues vedaba así á la estatuaría como á la pintura, según justa observación de Chassang (1), alterar las fisonomías con los transportes del gozo y los enagenamientos del dolor,—hasta en la poesía, cuando descubre el espíritu es velado con el mismo cendal con que el pintor de Citnos encubrió el rostro de Agamenón en el *Sacrificio de Ifigenia*: la Helena de la *Odisea*, por ejemplo, libre ya de las asechanzas de Venus, mujer suave y modesta tornó á ocupar su puesto en el hogar de la legítima familia no ya por su hermosura; y el esposo, al revés del esposo de la esposa, cubre élla el velo de Timantes para ocultar sus sentimientos á los dioses olvidados con antelación á influencia de los elementos materiales. Ni podía acaecer de otra manera, supuesto que Apolo mismo mató y condenó á amenazante tormento en los infiernos á Flegias, el vengador de la honestidad de su hija. ¡Cuán al contrario el arte civilizado! La belleza del cuerpo nada vale comparada con la belleza del alma, esa que “derrama su encanto en el rostro”, según el decir de Clemente de Alejandría (2). Sin la hermosura del alma, no habría alcanzado Beatriz Portinari vida nueva de inmortalidad, y si todavía algunos gentiles del arte se pagan de la hermosura externa y hasta estiman los adornos comprados á la mentira, el hombre culto, desde que el primer amor comienza á hurgarle el alma ¿no se forja en la fantasía un sér completo, cúmulo de bellezas, más que físicas, morales?—¿No recordáis, Señores, vuestro puro primer amor, pasión artística por excelencia, cuyo objeto fué una mujer enjoyada, no con alhajas extrañas, sino con pendientes, brazaletes y collares de virtud, y resplandeciente el rostro, no con afeites comprados, sino con el suave arrebol del pudor?

La mujer pagana, aunque alguna vez aparentemente libre, era esclava; aunque ceñidas de diadema las sienas, su diadema era la guirnalda que se entretregía en las astas del buey del sacrificio. El amor mismo, cetro de la mujer, “tenía algo de contrario á la naturaleza de las cosas, que repugna como un sacrilegio toda especie de unión entre seres entregados por la cólera divina á enemistades perpetuas (3)”.

Y para responderos qué era el hogar con hembras pero sin esposas, con siervas pero sin mujeres, os repetiré solamente las palabras del Libro Santo: “Donde no hay cerca, será robada la

(1) A. Chassang—“Hélène dans la poésie et dans l'art”.

(2) V. Jungmann—“La Belleza y las Bellas Artes”, Tom. I.

(3) Donoso Cortés—Discurso de incorporación en la Real Academia Española.

heredad: y donde no hay mujer, solloza el desgraciado" (1).

Y bien, el Dios de la mujer, para elevarla, para igualarla al hombre en valía y suposición, Dios, que podía sacar á su Madre del limpio seno de la nada (2), hizo que naciese de la manera ordinaria, con el objeto (3) de enaltecer ambos sexos: ya que, de otro modo, al tomar Él uno de los dos, el otro habría permanecido separado por distancia ilimitada.

¿Y qué era del hijo? ¿qué de los futuros ciudadanos? Figuras, Señores, qué podían ser los engendros de un tirano, nutridos con la leche de una esclava.

En cuanto al hijo, lo sabéis, á qué altura fué llevado por los augustos misterios de la divina Concepción, complemento y per-

las anteriores magníficas obras de Dios.—Al se decían hijos de los inmortales: nosotros de Padre y Madre divinos. Allá, en Macabea, "digna de la memoria de los buenos", ya á sus siete hijos: "No fuí yo la que os dí espíritu, ni alma, ni vida, ni tampoco fuí yo la que coordiné los miembros de cada uno de vosotros".—"Mas el Criador del Mundo, que formó al hombre en su origen, y que dió el principio á todas las cosas, misericordioso os restituirá el espíritu y la vida, porque vosotros ahora por amor de sus leyes os despreciáis á vosotros mismos" (4).

El hijo ¡ah! el hijo: encarnación de nuestra alma, sabroso regalo con que Dios enaltece en la tierra el destino del hombre, pues le convierte en ángel custodio de un ángel; el hijo, suave domador de nuestros instintos bozales; germen misterioso de un héroe, de un sabio ó de un santo; cielo azul de las tempestades del alma, fresca brisa para los ardientes desasosiegos del corazón, música del hogar, sol de la familia; el hijo en nuestra civilización, Señores, no es el pequeñuelo de Héctor que juega con los arreos sanguinolentos del padre, ni el cachorro que se adiestra á las luctuosas escenas del degüello, ni la inconsciente guija de la honda salvaje que es disparada contra el enemigo; pero sí es el niño de la reina Blanca que se ensaya con sus virtudes para ascender á los altares, es el heredero de San Vicente, de cuyo caudal de caridad inagotable fluyen sin cesar alivio para todos los dolores y socorro para todas las necesidades, es el llanto de Santa Mónica convertido en perlas como las lágrimas de la Virgen de la poética tradición alemana (5). No es la roca que descantada en el encendido bullir del seno del volcán ha de ser expelida para la destrucción, sino el diamante pacientemente cua-

(1) *Eclesiástico*—XXXVI—27.

(2) San Francisco de Sales—y

(3) San Agustín, citados por Augusto Nicolás en "La Virgen María".

(4) Macabeos—II—VII—20 y 23.

(5) *El violinista*—Karl, el último de los *minnesingers*.

